

rias; y quando vieron que el testador dexaba las mejores alhajas á la Señora Jacinta y á su nieta, hicieron una oración fúnebre del Canónigo poco decorosa á su memoria, apostrofando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas, que verdaderamente no merecia. El Licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo.

Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabbe de perfeccionarse, y se haga hombre sabio, le dexo mi libreria con todos los libros y manuscritos, sin excepcion.

No sabia yo donde podia estar la tal soñada libreria, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el quarto del Canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinero perfecto*; otro trataba de la *indigestion*, y del modo de curarla. Los demas eran las quatro partes del breviario, algo roídas de ratones, mugrientas, y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos los mas curiosos eran todos los autos de un pleyto que habia litigado el Canónigo para entrar en la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difunto,

to, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia acuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la Señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el Canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al Doctor Sangredo, y se hace famoso Médico.

Resolví ir á buscar al Señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero quando estaba ya muy cerca del rincon donde vivia me encontré con el Doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro traje, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dixo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como Vmd. no pida mas, delo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegre-

gemente, te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirme con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y aceté la proposicion del Doctor, con la esperanza de hacerme un ilustre Médico baxo la disciplina de tan gran maestro. Levóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reduciase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una erriada vieja, á la qual se reducía toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografia, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuario*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo: ni mas ni menos como en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el Doctor Sangredo era el Médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una lo-

que-

quela especiosa, sostenida de cierto ayre grave, y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas, con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua á discrecion. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos míos. La salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. ¿Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen Doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definía la vejez diciendo era una thisis natural, que nos deseca y nos consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignoran-

cia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que antes bien los desgasta, y los destruye, diciendo muy elegantemente que aquel licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor, y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos racionios á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una disenteria, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dixo, hay mil arbitrios para corregir el desabrimiento de las bebidas aquosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso, y si quieres que lo sea mucho mas mezcla un poco de flor de romero, de clavel, ó de cocliaria.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas (sin que para nada fuese necesario el vino) la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él me dixo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las parte-

ci-

cillas de la bilis, y darlas mayor vigor y mayor actividad, quando era necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua debilite, ni enfrie demasiado tu estómago. Lejos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador del buen suceso, y si no tienes satisfaccion de mi fianza, el divino Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas de indócil, quando daba principio á la carrera de la Medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, baxo la garantia de Celso; ó por mejor decir comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas incomodado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser Médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males, que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del Doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el qual me hizo mudar de pensamiento. Mira, hijo, me dixo un dia, yo no soy de aquellos
amos

amos ingratos y duros , que dexan envejecer los criados en la servidumbre , sin pasarles por el pensamiento el recompensar los servicios. Estoy contento de tí , te amo , y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo quiero hacer tu fortuna. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años ha. Los otros Médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas : yo pretendo abreviar un camino tan largo , y ahorrarte el trabajo de estudiar la física , la farmacia , la botánica y la anatomía. Sábeta , amigo , que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí : este maravilloso secreto que yo te comunico , y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones , quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros , se reduce á solos dos puntos : sangrias y agua caliente , uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes á fondo toda la medicina , y si te aprovechas de mis largas experiencias serás tan gran Médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro , y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero : tú visitarás los del estado general que me llamaren , y quando ha-

yas

yas trabajado algun tiempo haré que seas incorporado en nuestro gremio. He aquí , Gil Blas , que ya eres sabio sin ser Médico , quando otros por muchos años , y quizá por toda la vida , son Médicos sin ser ni haber sido jamas sabios.

Rendí gracias al Doctor por haberme hecho en tan poco tiempo capaz de ser substituto suyo , y en señal de mi agradecimiento le dí palabra de que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones , aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera , porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua , y en mi corazon determiné beber vino siempre que tuviese ocasion quando visitase los enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido , y tomé otro de mi amo para comparecer en ayre de Médico. Hecho esto me dispuse á exercitar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un Alguacil que adolecia de la pleura. Ordené que le sangrasen sin misericordia , y le diesen de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un Pastelero á quien la gota le hacia poner los gritos en el Cielo. No perdoné á su sangre , ni fuí con él menos liberal de agua que lo habia sido con el Alguacil. Valieronme doce reales las dos visitas , y quedé tan contento con el nuevo oficio , que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del Pastelero encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del Licenciado Sedillo. Miróme atento y suspenso por algun tiempo, y despues prorrumpió en una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No era ello sin razon. Llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraria mucho á dos cuerpos como el mio. En fin mi figura podia pasar por una muy grotesca y original. Déxele desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle y la representacion de Médico, que no parece animal risible por su seria gravedad. Si mi ridículo trage habia excitado la risa de Fabricio, mi mas ridícula y afectada seriedad se la redobló, y despues que se rió á toda satisfaccion: ¡vive Dios, Gil Blas, exclamó, que estás magníficamente equipado! ¿Quién diablos te ha enmascarado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sabete que soy substituto del Doctor Sangredo, el Médico mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado á fondo la medicina, de manera que visito parte de sus enfermos por aliviarle. El va á las casas grandes, y yo á las pequeñas. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir te ha abandonado

do á tí la sangre plebeya, y él se ha reservado la ilustre. Te doy el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un Médico le conviene mas exercitar su oficio con la gente pobre que con la del gran mundo. ¡Vivan los Médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos conocidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alexandro) si yo no fuera Fabricio querria ser Gil Blas.

Para que conociese el hijo del Barbero Nuñez que no exâgeraba ni mentia en dar tantas alabanzas á mi presente condicion, le mostré los doce reales del Alguacil y del Pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el qual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros respectivos amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de que á la tarde siguiente nos volveriamos á ver en el mismo sitio.